

GRACIA QUE ESPERA...



Don Benito Pérez Galdós, aquel insigne novelista, "librepensador que tenía a la cabecera de su lecho un hermoso crucifijo". Abajo, facsimil de la carta autógrafa que envió el autor de los "Episodios Nacionales" al gobernador civil de Madrid pidiendo la autorización para un homenaje en favor de don Emilio Castelar.

ACOMPANA a don Benito. La orden paterna era cumplida por mi parte con verdadero agrado. Los pocos años—muy pocos—no me impedían intuir el especial respeto debido al maestro, la suerte de haberle conocido, el prestigio de su figura. Le acompañaba, pues, desde el despacho de mi padre hasta la calle. Le esperaba su coche, una berlina. El caballo era alazán. El cochero, llamado Paquito, parecía muy adicto y fiel al presidente de la Conjunción Republicano Socialista. Recuerdo que al término de una de aquellas visitas, mi padre le dijo con afectuosa malicia:

—Si quiere usted morir republicano, mi querido don Benito, no vaya a Palacio. Si va usted y habla con el Rey, creo que tendrá que convertirse.

No sé si Galdós llegó a ir a Palacio; pero le oí referir, muy complacido, en el camarín de María Guerrero, su entrevista con Don Alfonso XIII.

—Los Reyes asistían al estreno de «Celia en los Infiernos», y me llamaron, muy amables, para felicitar me.

—¿Y qué?—inquirió María, calándose los impertinentes, que contrastaban singularmente con su tocado de «Doña María la Brava».—¿Qué impresión le produjeron?

—Don Alfonso, inteligente y simpático. Ella... ¡qué hermosura! ¡Y cómo habla!

Lo que más asombraba de la Reina a don Benito era su facultad de expresarse correctamente en castellano.

Entre los papeles de mi padre encuentro hoy un curioso documento fechado por el glorioso escritor en 1909. Aún debe de conservar la vista, pues la letra es clara, bastante firme. Ha veraneado en Santander y acaba de publicar una nueva obra: «El Caballero Encantado». (Cuento real... inverosímil.)

¿Qué ocurre en España por aquel entonces? ¿Cómo viven los madrileños, cautivos no pocos de ellos por la potente voz de Titta Rúffo o la insinuante sonrisa de «Fornarina»?

Procuremos cierta ambientación siguiendo la pauta de Galdós, que en sus «Episodios» hace hablar a determinados personajes en la calle, en las tertulias.

—«Hemos» tomado Zeluán, Nador, el Gurugú...

—Gracias sean dadas a Dios. Parece que se acerca el fin de la campaña de Melilla.

—¿Será cierto que el Rey se dispone a inaugurar las obras de la Gran Vía?

—Eso dicen. Cuando vuelva de visitar la Exposición Regional de Valencia.

—Sabrán ustedes que acaba de otorgar la Grandeza de España a la marquesa de Esquilache.

—¡Al fin! Pues la merced no puede ser más justa. Es una señora muy caritativa y goza de simpatías generales.

—¿Y qué me dicen de esa Embajada extraordinaria china que acaba de llegar?

—La envía el nuevo Emperador, para agradecer al Rey el pésame dado por el fallecimiento del anterior monarca.

Se recuperan las garantías constitucionales. Benavente ha estrenado en la Comedia «La escuela de las Princesas». «Andrenio» opina: «Un tema dramático que el espíritu fino y sutil del autor ha vestido de encajes de ingenio y gasas de ilusión, que nos hacen creer que hay en la comedia más de lo que hay efectivamente.»

Raquel Meller, «notable dúpletista», canta en el Petit Trianón. Carmen Cobeña y Rosario Pino se disponen a suspirar una vez más junto a Don Juan, y las losas fu-

nerarias van a cubrirse de crisantemos cuando Galdós envía su memorial al gobernador de Madrid, que es, a la sazón, don Francisco Javier González Castejón, marqués del Vadillo. Esa petición crea un conflicto. No es fácil denegarla. Por otra parte, el escritor pesa considerablemente en la opinión del país. Fue violenta la reacción promovida por «Electra» en 1901. Aquellos motines anticlericales a raíz del estreno...

¿Guarda relación esta demanda con la manifestación magna que tuvo lugar—el recorrido fue exactamente el mismo que el indicado por Galdós—el 3 de julio de 1910? «El acto resultó magnífico, el más importante de cuantos registra la política española hace cincuenta años.»

En la presidencia, del brazo, sonrientes: Pérez Galdós, Moret, Azcárate, Labra, Lerroux, Sellés, Salvador, Aguilera. Mientras tanto los «católicos madrileños» acuden en rogativa a la iglesia de San Jerónimo para que se mantengan en España los derechos de la Iglesia Católica. Cinco mil mujeres, en Barcelona, desfilan proclamando que «todas las españolas son católicas, pero no clericales, y protestan de las teorías de las damas madrileñas que se han arrogado su representación».

Las damas madrileñas ponen el grito en el cielo. Pero, ¿qué tiempos son estos; a

B.6720504*



Excmo. Sr. gobernador civil de Madrid

Don Benito Pérez Galdós, diputado a Cortes, vecino de Madrid, a V. S. ruego, con el mayor respeto, se sirva autorizar una manifestación que se celebrará mañana domingo a las cuatro de tarde organizándose en la Plaza de Cervantes para recorrer el trayecto desde aquella por Puerta y la biblioteca, a la estatua de Cervantes.

El objeto de la expresada manifestación pública es afirmar la decisión de cuantos a ella concurren de defender en todo momento y por todos los medios las libertades públicas y derechos consignados en la Constitución y la de impedir que el Sr. D. Juan Valera se encargara de la gobernación del Estado español.

Gracia que espera de la bondad de V. S. cuya vida quedo en el día del 23 de Octubre 1909

D. Benito Pérez Galdós

dónde vamos a parar? Hay otros síntomas alarmantes, por supuesto: la moda insensata de la falda «trabada». Esa Luisa de Vigné, que en una «kermesse» de la Cruz Roja ha rifado... un beso. ¡Un beso! Los periódicos más liberales publican la fotografía de la hermosa y popular tiple Rosario Soler, creadora de «Las Bribonas», con atuendo recatado. El mismo que llevara cuando fue expulsada del templo del Pilar por el penitenciario don Carlos Lorrea.

Seguí viéndole de tarde en tarde, en aquel saloncillo de la Princesa, donde solían coincidir Benavente, Linares Rivas, el duque de Tamames, la condesa de San Luis y los jóvenes poetas de la casa: Marquina y Ardavin.

Los setenta años de don Benito parecían muchos más. Aquel hombre cansado, casi ciego, necesitaba seguir trabajando para vivir con algún decoro. ¿Y su obra ingente? ¿Y sus cien libros? ¿Sus numerosas obras dramáticas? «He sido explotado—confiesa al «Caballero Audaz» en 1914—, muy explotado. Como todos...»

Dos personas, en periodos distintos, fomentaron mi admiración por Galdós. Me parece ver a Emilia Pardo Bazán, jugando con sus impertinentes, recortada su noble figura sobre gótico tapiz y hablando prclijamente del que fuera su gran amigo. «La gente, en general, pensaba que mi curiosidad habia de limitarse a determinadas facetas sociales. Fue Galdós quien me descubrió un mundo al cual difícilmente hubiera tenido acceso sin su experiencia y su apoyo.»

Muchos años más tarde, en el jardín de su Cigarral, Gregorio Marañón contaba recuerdos y anécdotas del maestro. Y cada una de sus palabras, que era un encendido elogio, acrecentaba mi devoción por aquel anticlerical que se refería con tanto cariño a las monjas toledanas, aquel republicano que hablaba con verdadera simpatía de Isabel II, aquel librepensador que tenía a la cabecera de su lecho un hermoso crucifijo.

Agustín DE FIGUEROA

